

LA INMORALIDAD GOBERNANTE



Mauro MUÑOZ

Mientras la televisión de Calviño —¿hasta cuándo hay que apurar el cáliz de este manipulador de la opinión pública?— no sabe ya cómo disimular el paro, el Ministro de Economía, **Solchaga**, sucesor del expropiador **Boyer**, lo disculpa con la “economía sumergida”. Es decir, como hay trabajo clandestino, la cifra del 22% de paro hay que rebajarla a 15, dice. Es como disculpar la tragedia metiendonos en un drama. En vez de asumir los problemas en toda su dimensión el Gobierno socialista desdramatiza los hechos objetivos. Le importa más la imagen que las soluciones. Es una consecuencia de su método de conocimiento de la realidad: se llama análisis marxista de la situación. Pero lo que sucede es otra cosa: que tres millones de trabajadores están en paro porque no disponen de condiciones normales de trabajo y los menos desgraciados, no los más afortunados, se alquilan para producir en explotaciones fuera de la ley. Esta situación podrá ser explicada desde los parámetros socioeconómicos, pero no desde la moral política. Eso es otra cosa. Según la moral política, el Gobierno no debería recurrir, como lo está haciendo —y las denuncias son unánimes, incluidos los sindicatos de cualquier clase— a inducir al mantenimiento de una forma de relaciones de producción que perpetúa la injusticia de la crisis. Tenemos, por lo tanto, derecho a preguntarnos en qué manos vamos a estar los próximos cuatros años. En las mismas —¿doble ración de lo mismo!— pero sólo que ahora van a utilizar todo tipo de argumentaciones ya que las promesas son un recurso gastado, para ir, cínicamente, adelante. Por la misma razón podrían decirnos y reconocer que hay más delincuencia que la que recogen las estadísticas oficiales, ya que millones de ciudadanos prefieren callarse a tramitar

“Al Gobierno socialista le importa más la imagen que las soluciones.”

las denuncias por las agresiones que padecen, al considerarlas inútiles. **Ledesma** y **Barrionuevo** tendrían así que hacer referencias claras a la delincuencia clandestina para plantear ante los ciudadanos y en el Congreso, en sus debidas proporciones, la convivencia social en España. No lo harán. Lo clandestino sirve como apoyatura si es para tapar otro agujero, pero no si lo aumenta.

Por todo ello, este cuarto equipo ministerial socialista se merece, en sus primeros pasos, el desprecio de los contribuyentes.

“Solchaga es el ministro de Economía de un Gobierno que no sabe economía.”

En cuanto al terrorismo, contra el que pedimos siempre la mayor solidaridad, ya sabremos dentro de poco si es cierto o no que el gobierno está detrás de iniciativas negociadoras.

El paro, el terrorismo, la inseguridad ciudadana, la crisis económica, son retos con que se enfrentan la imaginación del PSOE en el poder. Y si esa supuesta capacidad de buscar fórmulas no rebasa los listones de **Solchaga**, estamos perdidos. Ya no estamos, según dicen, en un proceso de planificación socialista sino socialdemócrata. Y eso, ¿qué es? Vamos a pasar del consenso al pacto con la sociedad, según **Guerra**; y eso, ¿qué significa? Vamos a europeizar la agricultura, ¿y en qué va a terminar esto? La pluralidad de la enseñanza se controla por el Estado, ¿y eso es la libertad? Un rosario de preguntas que termina abriéndose en incógnitas angustiosas constituye el prólogo al “otoño caliente” anunciado. Solo veranean un 45% de españoles. Los otros o no lo hacen o se refugian en sus horas libres en las esquinas con sombras de sus barrios o patios para beber agua fresca: es el verano sumergido que no sale en los periódicos. Se compra menos en el mercado. Se gasta menos en la ropa. Se utiliza menos el transporte. Aumentan los jóvenes en las colas de los parados. Es el verano sumergido que no va al mar, sino que se ahoga en tierra esperando una tabla de salvación.

¿Es un “irresponsable” el señor **Solchaga**, como le acusan los políticos y los periódicos? No. Simplemente es el Ministro de Economía de un Gobierno que no sabe economía y ante el paro quiere que nos acostumbremos al paro. Yo, digo no. Algo habrá que hacer si convivimos en una democracia libre.